

La arquitectura románica aragonesa

La restauración del claustro de San Juan de la Peña

Mala suerte han tenido los claustros románicos aragoneses. Dos había, a los que estaban unidos los recuerdos históricos más venerables del antiguo reino. Por sus galerías, bajas y sombrías, desfilaron los paladines de la Reconquista, los que, tras esfuerzos incesantes, empujaron a los musulmanes hacia el sur, consiguiendo convertir en un gran reino lo que en un principio fueron unos abruptos y apartados valles pirenaicos.

Desaparecieron casi por completo los testimonios de la riqueza y civilización del reino árabe de Zaragoza, la metrópoli española desde el primer tercio del siglo xi hasta la conquista (1118), bajo la dominación de los Beni-Hud, floreciente, pobladísima, con su corte espléndida y refinada, llena de palacios, mezquitas y sinagogas, ciudad «blanca con collar de esmeraldas», según la expresión de Abulfeda, recibiendo por el Ebro los perfumes, las especias y los ricos tejidos de Oriente, distribuidos luego en el mediodía francés por medio de los mercaderes francos en las ferias de Jaca y Olorón. Aventados los restos del castillo-palacio de la Aljafería, aún sigue convertido en cuartel y almacenes militares el edificio que, reparado, podría llegar a ser el testimonio más valioso de la antigua grandeza aragonesa y el arca que guardase sus preciadas reliquias. Escasos y mutilados restos en ese palacio de la Aljafería; unas cuantas piezas labradas en los museos de Zaragoza y Madrid; un baño, tal vez posterior a la Reconquista, en aquella población, es todo lo que resta de una civilización que ha dejado huellas indelebles en el espíritu y la vida social de Aragón.

En cambio, los monumentos del pueblo conquistador corrieron hasta nuestros días mejor suerte. Son obra, sin duda alguna, más extraña a nuestro espíritu nacional, ya que aquellos primeros reyes de Aragón, sin tierras casi, sin riquezas, agobiados por los reinos musulmanes, en continuada alerta, vivían precariamente a la sombra galicana, casábanse con mujeres francesas, traían prelados de la otra vertiente pirenaica para regir las diócesis recién conquistadas, introducían monjes extranjeros en nuestros antiguos monasterios y recibían la ayuda de cuerpos de gascones, normandos, aquitanos, provenzales y borgoñones que, con sus condes y señores, venían a la cruzada de España, tierra para ellos de promisión, más ávidos de conquistar feudos y gozar de las riquezas de las ciudades musulmanas saqueadas, volviendo a sus tierras con copioso botín, que interesados en obtener la salud eterna y la beatitud infinita del Paraíso ofrecidos a los que sucumbían en la guerra santa.

La catedral de Jaca, construida en parte a fines del siglo xi (consagróronse sus ábsides y crucero en 1063), testimonia verosímilmente la influencia normanda de gentes venidas con los numerosos guerreros de este país que acuden a las cruzadas de España, como los que en la toma de Barbastro (1065) ensañáronse con los vencidos. En 1094 consagróse la iglesia de San Juan de la Peña, levantada sobre restos más antiguos en paraje tan escabroso y apartado que no era fácil llegasen hasta él los enemigos musulmanes. De fines del siglo xi (consagróse en 1067) parece también la catedral de Roda, afín de los templos catalanes contemporáneos. Conquistada Huesca en 1096, debió comenzar poco después la construcción de San Pedro el Viejo, edificio sombrío y austero de la escuela francesa del Poitou, con influencias catalanas, templo de un monasterio poblado por monjes benitos galicanos.

Tomada Zaragoza (1118), protegido ya el reino aragonés por el foso del Ebro, hay calma, lugar y recursos para levantar, junto a las iglesias monasteriales existentes, bellos claustros en cuyos capiteles desarróllanse historias del antiguo y nuevo Testamento. Son los dos citados, los de San Pedro el Viejo de Huesca¹, y San Juan de la Peña, contemporáneos, y en los que trabajaron tal vez los mismos artistas o gentes de un mismo taller, cuya construcción debía estar muy adelantada al mediar el siglo xii. Por entonces también, el castillo de Loarre eriguiría gran parte de sus imponentes torres y murallas sobre el fondo de los montes de la sierra de Guara. Todos estos edificios son obras de importación, derivados de distintas escuelas francesas y catalanas. Su decoración ha de referirse al Languedoc —Tolosa, singularmente— y a la Provenza.

Avanzado el siglo xii —en 1137—, con la abdicación de Ramiro II, que se refugia entre los muros sombríos de San Pedro el Viejo de Huesca, Cataluña y Aragón tienen un mismo monarca. En esta época debieron levantarse tres templos en los cuales aparece la influencia de una corriente del románico catalán: San Pedro de Siresa, Santa Cruz de la Serós y la ermita de Chalamera.

Luego, más tarde, en las postrimerías del siglo xii, una serie de iglesias románicas no bien estudiadas todavía —las de Cinco Villas—, ofrecen, en sus puertas con archivoltas de figuras radiales, tímpanos historiados y columnas con estatuas, un lejano y modestísimo reflejo del arte innovador de Saint Denis y Chartres.

Casi contemporáneos son los grandes monasterios cistercienses de la comarca, obras también de importación, con los cuales se inicia el período gótico.

* * *

¹ Una inscripción en uno de los pilares de ángulo es la sepulcral del sacerdote Bernardo, muerto en 1159. En este claustro hay dos series de capiteles: con tallos y monstruos fantásticos, unos; en los otros figura la historia evangélica, desde el encuentro de Joaquín y Ana, hasta la Pentecostés y la Asunción de la Virgen. Derívanse de la primera serie los capiteles de la puerta de la iglesia de Santiago de Agüero.

El claustro de San Pedro el Viejo de Huesca, sufrió antes de finalizar el siglo pasado una restauración tan radical que parece hoy obra recién hecha. De lo que fue podíamos juzgar, a más de descripciones, viejos dibujos y fotografías, por el otro claustro aragonés, el del monasterio de San Juan de la Peña, cuna del reino y panteón de sus reyes y magnates, situado en lugar apartado y abrupto de los Pirineos. La misma roca forma su techo y con la naturaleza bravía armonizaba bien aquella arquitectura románica fuerte y expresiva. Tras ochocientos años, las piedras labradas por los artistas medievales habían tomado las mismas coloraciones que las rocas vecinas. Nieves, lluvias y heladas, en el clima duro del Pirineo aragonés, fueron, hora tras hora, desgastando sillares, destruyendo en parte capiteles, ábacos, fustes y archivoltas. Tal como estaba, con su pátina venerable, realizadas ligeras obras de conservación y sometido a cuidadosa vigilancia, hubiera durado indefinidamente.

No se hizo así, por desgracia. Con excelente voluntad, pero deplorable orientación, el claustro ha sufrido radical renovación, siendo totalmente desmontado. Muchos sillares labráronse de nuevo o se sustituyeron por otros, bastantes fustes son también modernos y sufrieron un raspado que les hizo perder su entonación secular. Las basas, desgastadas y viejas, aparecen hoy con sus molduras perfectas y sus aristas vivas, como recién torneadas. Los arcos, de dovelas desiguales, un poco deformados, como fatigados de tan continuado esfuerzo, dibujan hoy día semicírculos perfectos. En resumen, el viejo claustro, pintoresco y gastado por su larga existencia, aparece hoy renovado: perfectamente a plomo sus columnas, con sus líneas horizontales y verticales, como acabadas de trazar, y casi todas sus piedras de color claro, recién sacadas de la cantera.

Tal vez se sostenga que era necesaria para su conservación obra tan radical. Nuestra opinión, modestísima, es contraria. Los arcos del claustro no soportan peso alguno, sobre ellos descansa una carga prácticamente nula. Algún fuste sin duda necesitaría ser sustituido, algún capitel mutilado no podía soportar más tiempo el arco que en él se apoya. Pero en lugar de realizarse estas reparaciones de escasa importancia y coste insignificante, desmontóse totalmente el claustro volviéndole a rehacer. Su aspecto es hoy frío y poco artístico. El arqueólogo aun irá a San Juan de la Peña a estudiar los capiteles historiados; el peregrino de arte que trate de evocar en el monasterio, entre las piedras seculares, los recuerdos de la vida medieval y las memorias más remotas de Aragón, puede encaminarse a otros lugares en los que no hayan entrado aún los modernos restauradores.

* * *

No echemos la culpa de estas devastaciones a los que más directamente figuran como sus autores. No; la culpa es del sistema que impera en la conservación y restauración de nuestros monumentos, es el régimen a que se hallan sometidos. En todos los países que tienen un copioso pasado monu-

mental existe un servicio perfectamente organizado que se ocupa exclusivamente de atender a su conservación. Hay arquitectos consagrados únicamente al cuidado y reparación de los monumentos, formados en cursos especiales o en la práctica constante, al lado de otros de más edad y experiencia.

En España no. En España se cree que cualquier arquitecto, por el hecho de serlo, está capacitado para intervenir en la conservación y restauración de monumentos. Cualquiera, sin conocimiento alguno de arqueología monumental, ignorando los métodos modernos que se emplean en la reparación de aquéllos, sin práctica alguna de tales cuestiones ni haberse planteado jamás problema tan complejo y debatido, se encarga de la restauración de un monumento antiguo como descanso a fatigosos trabajos de arquitectura contemporánea. La reparación de un edificio, frecuentemente de capital importancia, será para él un episodio secundario de la vida profesional. La consecuencia es que en la mayoría de los casos se reparan los viejos edificios con el mismo criterio que se repararía una casa moderna en estado ruinoso. La experiencia adquirida por los restauradores se pierde por completo, pues junto a los que realizan las de más importancia no hay gente joven que pudiera irse formando en la práctica diaria.

¿Hasta cuándo durará este régimen anárquico que nos va costando la pérdida de tantos monumentos de nuestro pasado? ¿Hasta cuándo seguiremos pensando que la conservación y restauración de los viejos monumentos es una ciencia infusa que alcanzamos con el título de arquitecto?

* * *

Casi sin protesta de los aragoneses, en silencio, se ha realizado la radical restauración del claustro de San Juan de la Peña, como años antes se consumó la del viejo templo oscense. Otros monumentos más que añadir al cada día más extenso martirologio de los hispanos, en el cual figuran bastantes páginas consagradas a Aragón. Recordemos sumariamente algunas.

Víctimas del sitio, cayeron a principios del siglo pasado numerosas construcciones zaragozanas, siendo una de las pérdidas más dolorosas la del claustro del convento de Santa Engracia. Después de 1850 desmontáronse varios restos árabes de la Aljafería, de los que conservan aún el recuerdo viejas fotografías y los Museos de Madrid y Zaragoza. Por entonces también derribóse la casa de los Torroellas, con su espléndido patio mudéjar. Poco antes de terminar el siglo, en el último decenio, echóse a tierra por bastardo interés la Torre Nueva de Zaragoza, magnífica construcción del siglo xvi, unida a los recuerdos gloriosos de los Sitios; pocos años después se levantaba un costoso y desgraciado monumento a sus héroes, como si su mejor conmemoración no hubiera sido conservar la torre que sirvió de vigía durante el asedio.

A principios de este siglo derribóse el antiguo convento de dominicos de Santa Fe, entonces Museo provincial y Escuela de Bellas Artes, enorme y

buen edificio de rica arquitectura aragonesa. Por entonces desmontóse el patio de la Casa de la Infanta para su traslado a París. Desapareció también, para ser reformada a la moderna, entre otras construcciones mudéjares, el mejor ejemplar de casas de este estilo, situado en la calle de las Armas, números 5 y 7.

Por los años de 1875 a 80 derribóse en Daroca, sin necesidad alguna, la puerta baja o Tondonera del interesantísimo recinto medieval. Igual suerte corrieron las iglesias de Santiago, San Andrés y San Pedro: esta última cayó por presiones políticas de un cacique local. Las tres eran ejemplares típicos de la arquitectura mudéjar aragonesa.

En estos últimos años fueron borradas las pinturas murales de los sanjuanistas de Barbastro, iglesia donada por don Pedro I al monasterio de Santa Fe de Conques. Las vieron aún Cardenera y Quadrado.

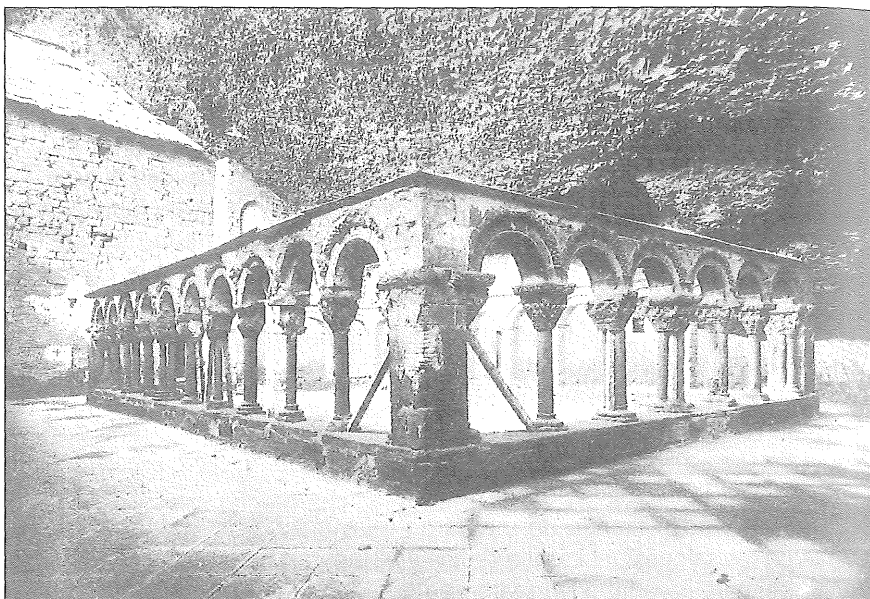
En 1915 arrancóse la interesante portada románica de la ermita de San Miguel de Uncastillo, vendida por el entonces obispo de Jaca, Excelentísimo e Ilmo. Sr. D. Manuel de Castro Alonso.

Hace muy poco tiempo desmontáronse las magníficas techumbres mudéjares de los salones del castillo de Binies (Huesca), perteneciente a la casa de Ayerbe, para llevarlas a Norteamérica.

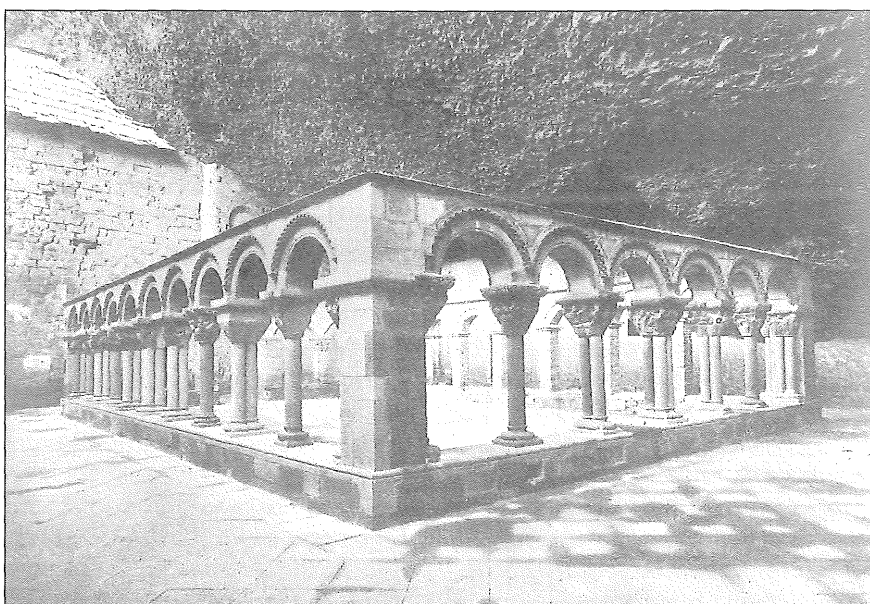
¿A qué seguir? Otros monumentos, como la Aljafería de Zaragoza, el monasterio de Rueda, las iglesias de Santo Domingo en Monzón y de Tamarite de Litera, el castillo de Mesones, pregonan aún el desdén existente hacia los recuerdos del pasado, que constituyen la conciencia histórica de todos los pueblos civilizados.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

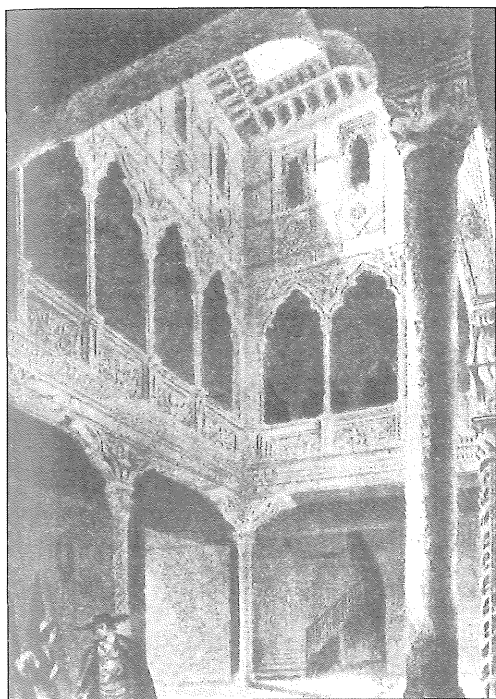
Arquitectura.
Agosto, 1926



El claustro de San Juan de la Peña antes de la restauración.



El claustro de San Juan de la Peña después de la restauración.



Zaragoza. Patio de la Casa de Torroellas (derruido).



Daroca. Iglesia, derribada,
de Santiago.s